

 HARLEQUIN

Bianca™



Annie West
SOLO POR EL AMOR

Bianca™

SOLO POR EL AMOR
Annie West



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2021 Annie West
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Solo por el amor, n.º 2937 - junio 2022
Título original: The Innocent's Protector in Paradise
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-698-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Me preocupa Lola. Le pasa algo, pero no quiere contármelo.

A Niall le hubiera gustado preguntar a Ed por qué estaba seguro de que su hermana tenía un problema, pero se fiaba del juicio de su mejor amigo: Ed no se preocupaba sin motivo.

Se colocó mejor el teléfono para poder oír a Ed por encima del ruido de un anuncio por los altavoces del aeropuerto.

-¿Qué clase de problema?

-No lo sé. Parece tensa. Ya sabes cómo es: no sabe mentir. Me ha dicho que tiene mucho trabajo, pero no es eso. El otro día oí una sirena de policía al fondo y me colgó rápidamente. Cuando después le pregunté, me dijo que había habido un incidente en la calle, pero la voz la delató. Hay algo que va mal.

Niall frunció el ceño.

-¿La policía? No creerás que Lola tiene problemas con ella.

Era imposible que la hermana pequeña de Ed hubiera cometido un delito.

Recordó la primera vez que había ido a casa de los Suarez con Ed, su nuevo amigo, después de salir de la escuela. La pequeña Lola lo miró como si no supiera si podía fiarse de él, que tenía un corte en el labio y un ojo

morado porque se había peleado en la calle. Le pareció que Lola había adivinado el vacío que subyacía a su bravuconería adolescente.

Más tarde se percató de que la pequeña Lola no lo juzgaba. Con el tiempo se convirtió en un hermano mayor para ella. Lo que a la niña no le gustaba eran los cambios, y él, claramente, constituía uno.

-Tal vez si estuvieras en tu casa, en Melbourne, en vez de estar trabajando fuera, ella te lo contaría.

Había una diferencia de edad de seis años entre los hermanos, pero estaban muy unidos.

-Ese es el problema. No puedo marcharme. Debo seguir en la Antártida varios meses. Por eso quiero que le hagas una visita. Vas a Melbourne, ¿verdad?

-Estoy en el aeropuerto. Me pasaré a verla a última hora de la tarde, cuando se hayan acabado las reuniones que tengo.

Niall no se pensó dos veces hacer lo que Ed le pedía. Tenía una deuda con la familia Suarez que nunca podría saldar. Le habían salvado la vida cuando estaba al borde de la destrucción personal. De no haber sido por ellos, su vida habría sido un corto viaje desde la inadaptación adolescente a la pertenencia a bandas violentas, con un rápido final.

Los Suarez le recordaron que en el mundo había cosas buenas y lo animaron a aspirar a lograr grandes objetivos.

Oyó a Ed suspirar.

-Gracias, sabía que podía confiar en ti. Haz lo que consideres necesario para cuidarla. Ella misma es su peor enemigo. Cree que siempre debe ser fuerte y no depender de nadie.

-No te preocupes. Conmigo estará a salvo. Le tengo mucho cariño.

Hacía años que no la veía. La última vez fue cuando volvió a Melbourne para el funeral de la madre de los hermanos. Lola tenía dieciséis años, pero la ropa oscura

que llevaba y su expresión sombría eran los de alguien mucho mayor.

Niall hizo lo que pudo para consolarla. La abrazó y le ofreció un hombro para llorar, pero ella se recluyó en sí misma, como si lo avergonzara tocarlo, como si lo rechazara.

Él lo entendió, porque en esos momentos lo que contaba era la familia, no alguien a quien sus bondadosos padres habían adoptado de manera informal. Su pasado y su relación con su verdadera familia eran terribles, a pesar de haber triunfado desde el punto de vista profesional.

Oyó el aviso para embarcar. No solía viajar al sur. Melbourne le recordaba muchas cosas que quería olvidar. Pasaba casi todo el tiempo en Brisbane o en el extranjero.

Se dirigió a la puerta de embarque.

-Déjalo en mis manos, Ed. Te prometo que me ocuparé de ella. Probablemente tenga un nuevo novio del que no quiere que sepas nada -sonrió mientras se preguntaba qué aspecto tendría la joven. Su madre había sido muy guapa.

-Entonces te encargo que lo conozcas, a ver qué te parece. En ese campo eres un experto. No dejes que ella te engatuse.

¿Engatusarlo? ¿La pequeña Lola? La idea lo hizo sonreír. La guapa azafata que lo esperaba le devolvió la sonrisa.

Capítulo 1

Tú estás precipitando. Mantén la calma».

Pero el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir del pecho.

Lola estaba segura.

Alguien había estado en su piso.

Se dio cuenta en cuanto entró. Encendió la luz y se detuvo en el umbral porque notó que algo no cuadraba. A primera vista, todo parecía igual.

Sin embargo, al respirar hondo notó un olor químico desconocido.

Retrocedió hasta el descansillo y miró a su alrededor, sin observar que hubieran limpiado o hecho labores de mantenimiento.

Vaciló y pensó en volver a llamar a la policía, lo cual la obligó a entrar de nuevo. La policía no había descubierto nada concluyente. Cuantas más veces la llamara, menos urgentes parecerían las llamadas.

Era lo que le había sucedido a Therese.

Lola se estremeció al recordar a la que había sido su vecina.

Allí estaba, con la ropa de trabajo, helada a pesar de la calefacción que había dejado encendida, intentando decidir si corría peligro.

¿La habría visto Braithwaite entrar en el edificio? Estaba segura de haberlo divisado en la calle unas semanas antes,

aunque había desaparecido deprisa.

¿La habría visto entrar en casa esa tarde?

Se cruzó de brazos y se los frotó para entrar en calor.

Inspeccionó las habitaciones, incluso miró dentro de los armarios y debajo de la cama. Estaba sola.

Pero seguía nerviosa.

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta.

Eran las siete y media y no esperaba a nadie. Ningún vecino la visitaba para charlar o pedirle algo prestado.

El timbre volvió a sonar, como si supieran que estaba en casa.

¿Sería Braithwaite?

Lola se quedó petrificada. Dejó de respirar a causa del miedo.

¿Había cerrado la puerta con llave?

«Desde luego. Siempre lo haces».

De todos modos, se imaginó, horrorizada, que se abría y que alguien entraba.

Agarró el móvil y marcó el número de la policía, por si acaso. Después se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

No era Braithwaite.

Lanzó un suspiro de alivio.

Vio a un hombre de anchos hombros que llevaba un traje oscuro. Estaba de espaldas y el negro y corto cabello le brillaba. Braithwaite lo llevaba largo y no era tan alto ni de anchas espaldas.

El hombre se volvió. Llevaba la corbata torcida, como si hubiera tirado de ella tras un largo día de trabajo. Era demasiado alto para verle los ojos, pero no el firme mentón y la boca sensual.

Lola se llevó la mano al cuello y se le aceleró el pulso.

No, no era Braithwaite, sino otro hombre al que no quería ver bajo ningún concepto.

Niall Pedersen.

¿Qué hacía allí?

Tenía la costumbre de aparecer cuando ella se sentía más vulnerable; la última vez, en el funeral de su madre.

Sintió dolor y resentimiento, y algo más que no había conseguido erradicar y en lo que se negaba a pensar.

Cerró los ojos, contó hasta cinco para intentar recuperar el control de sí misma y abrió la puerta justo cuando el timbre sonaba por tercera vez.

¿Niall era tan ancho de espaldas cuando se habían visto hacía ocho años?

Lola se dijo que no se acordaba, a pesar de que lo recordaba perfectamente.

Se quedó inmóvil, con la boca abierta, como si no lo conociera.

Los ocho años transcurridos habían convertido en realidad lo que apuntaba en él en la juventud. Le habían conferido un aire de autoridad y seguridad en sí mismo, además de formarle arrugas en torno a los ojos y la boca, que habían transformado a un guapo joven en un hombre de gran carisma.

A Lola le fallaron las piernas, por lo que, maldiciendo, se agarró al picaporte.

Aunque él no lo supiera, le había arruinado la vida. Haría bien en no olvidarlo.

-No te esperaba, Niall -su voz era más profunda de lo que él recordaba, y ligeramente ronca. Notó una oleada de placer y una leve excitación.

La miró durante unos segundos, con la mente en blanco y las hormonas disparadas, hasta que se impuso la lógica.

Era Lola, la hermana de Ed, la chica a la que había ido a ayudar.

Aunque ya no era una chica, sino una mujer.

Niall tragó saliva.

Sabía que ella habría cambiado, pero no tanto.

-Lola -consiguió pronunciarlo de forma que no pareciera una pregunta, porque, aunque sabía que tenía que ser ella, no reconocía en aquella mujer a la niña, seria y dulce, que había conocido-. Me alegro de verte.

Deslizó la mirada por su falda gris oscuro, sus largas piernas y los zapatos de tacón. La sonrisa se le heló cuando observó sus esbeltas curvas, antes de regresar a su rostro.

Tenía la boca más ancha y los ojos, que antes parecían los de un búho serio, eran los de una hermosa mujer.

Tenía un aspecto severo y sexy a la vez, como si el cabello recogido con tirantez y la ropa de trabajo camuflaran a una apasionada mujer que...

Niall se puso tenso, horrorizado. ¡Era Lola! No podía pensar así de la hermana pequeña de Ed.

¡Ojalá lo hubiera prevenido su amigo! Cuando mencionaba a Lola, no daba a entender que se hubiera convertido en aquella maravilla.

«Claro que ha cambiado. Han pasado casi diez años».

Pero estaba sorprendido.

-¿Qué haces...?

-¿No vas a invitarme a...? -preguntó él al mismo tiempo.

Lola apretó los labios, lo que a él le extrañó, ya que la familia Suarez era muy hospitalaria. La expresión de ella cambió, sonrió, se echó a un lado y lo invitó a entrar con un gesto.

-Entra, por favor.

Al pasar a su lado, Niall vio que tenía el móvil en la mano.

-¿Llego en mal momento?

Ella vaciló, antes de negar con la cabeza.

-No, acabo de llegar y no esperaba a nadie.

-Trabajas hasta tarde -comentó él intentando no fijarse en el movimiento de sus caderas mientras la seguía al salón.

Miró a su alrededor con curiosidad. La habitación estaba decorada en verde pálido y blanco, salvo los cojines del sofá, que eran naranjas y marrones. La librería estaba llena

de libros de dirección de empresas y economía en los estantes inferiores y de novelas en los superiores.

-Estoy trabajando en un proyecto importante. Supongo que ya sabes lo que es eso. No has llegado donde estás trabajando ocho horas diarias.

Él asintió.

-Es cierto.

Había trabajado mucho para triunfar y ser, a los treinta años, el director ejecutivo de una empresa multimillonaria.

Esperó a que ella se sentara, pero Lola permaneció de pie en el umbral, con las manos entrelazadas como si no supiera qué hacer con ellas.

Era extraño. Su forma de vestir y el movimiento de su cuerpo daban la impresión de que se trataba de una mujer capaz y segura de sí misma. Pero a él le transmitía otra cosa. Entrecerró los ojos. ¿Se estaba mordiendo la comisura de los labios?

Era algo que hacía cuando estaba nerviosa.

El tiempo retrocedió y, de repente, se halló en la cocina de los Suarez con Lola, que hacía un trabajo escolar. Estaba segura de que la iban a suspender hasta que él, compadecido, lo repasó y le aseguró que no solo aprobaría, sino que sacaría buena nota.

-He venido a Melbourne por negocios. Me gustaría invitarte a cenar. No suelo venir, así que he pensado que podríamos ponernos al día.

-¿A cenar? -lo miró como si fuera la primera vez que oía esas palabras. No era la reacción habitual cuando invitaba a salir a una mujer.

-Sé que es un poco precipitado.

-Eres muy amable -le sonrió, pero no con los ojos-. En otro momento me encantaría, pero ha sido un día muy largo y mañana tengo que madrugar.

-Entiendo -pero su sexto sentido, alertado por la llamada de Ed, le indicó que había algo más que mero cansancio. Por eso no se marchó. Al fin y al cabo, casi era de la

familia-. ¿Y si pedimos que nos traigan algo de comer?
Puedo encargarme, mientras te cambias de ropa.

-¡Ah!

Niall se dio cuenta de que buscaba una excusa para negarse.

-Será una cena rápida. Yo también tengo mucho trabajo mañana -le sonrió.

Ella parpadeó y la tirantez alrededor de su boca disminuyó.

Él se dijo que no se trataba solo de hacerle un favor a Ed. Aunque llevara años sin ver a Lola, la apreciaba mucho. Observó con preocupación que tenía ojeras.

-Gracias, pero...

-A no ser que esperes a alguien. ¿A tu novio?

-No, no tengo novio.

Niall experimentó algo parecido a la satisfacción, porque podría decirle a Ed que no había ningún hombre en su vida.

-Me gustaría que me contaras lo que haces. Y me encantaría que me hicieras compañía. Volver a esta ciudad me despierta muchos recuerdos.

Extendió las manos y esbozó una sonrisa compungida. Ella no conocía toda la historia, pero sabía lo suficiente para entender que había habido sombras oscuras en su juventud. Ni siquiera Ed conocía todos los detalles.

Observó que ella se debatía entre su deseo de estar sola y su buen corazón.

Lola asintió bruscamente.

-Será... un placer. A mí también me vendrá bien la compañía -sonrió. Era una sonrisa genuina que lo dejó sin respiración.

Aún se estaba acostumbrando a aquella nueva Lola. Cuando la novedad se hubiera desvanecido, volvería a ser lo que siempre había sido para él: la pequeña Lola.

No una mujer inquietantemente atractiva.

-Excelente. ¿Qué quieres cenar?